

## CRÍTICA DE TEATRO

## La seductora comunicación de La Canyí

JOAN-ANTON BENACH

Se confirmaron los pronósticos y no pudo entrar quien quiso en el pequeño teatro Malic para ver a Esther Formosa en "Jo no em quedo per vestir sants", el último, entrañable y cálido recital de La Canyí. Tres únicas sesiones en el teatrillo, junto al Born, es una oferta ridícula para lo que constituye, pienso, un fenómeno de comunicación seductora —o de seducción comunicativa, si así lo prefieren— que alcanzará, ya lo verán ustedes, un calado de envergadura. Esther Formosa, me dicen, busca un local más amplio, aunque no demasiado, tal vez el Lliure, para dar a conocer mejor su segunda propuesta, probablemente después de que haya presentado la primera —"Doncs què voleu que hi faci?"— en Madrid, donde es posible la secuestren por más tiempo que el mes o mes y medio inicialmente previsto.

En Madrid, donde proliferan de nuevo los ejercicios de pista y espectáculos de pequeño formato, captaron ese "boom" singular que un servidor, y dispensen la inmodestia, ya vaticinó cuando La Canyí se estrenó la pasada temporada en un Malic entonces con muchas localidades vacías. No hay que caer ahora en hipótesis excesivas ni propugnar un repique general de campanas por el feliz alumbramiento de una estrella fuera de lo común; el país da lo



Esther Formosa

**"JO NO EM QUEDO PER VESTIR SANTS"****Dirección:** Miquel Gòrriz**Actriz:** Esther Formosa**Música y arreglos:** Agustí Humet**Estreno:** Teatre Malic (8/11/90).

II Festival de Tardor

que da y cualquier expresión artística cae en los dominios de un relativismo perfecto. Con todo, parece obvio que nos hallamos ante un caso inusual de fulgurante cautividad de auditorios por parte de una intérprete, extremadamente tímida según aseguran quienes la conocen, y que en obras de reparto se mostraba discretamente eficaz, "cumpli-

dora" como se dice. Hablar de caracteres personales sería una torpe indiscreción si no fuera porque Esther Formosa hace de su presunta timidez una de sus mejores armas con las que adueñarse no tanto de la pista como de todo recinto donde las distancias facilitan el coqueteo artista-espectador. Como se sabe, La Canyí es un personaje de ficción, una supuesta cupletista de l'Hospitalet, de accidentada biografía y cuyos éxitos y penalidades le llegarían de haber combinado imprudentemente un erotismo elemental con un menestralismo anclado en la más antilujuriosa cotidianeidad. Hoy, sin embargo, esa prefiguración carece de toda importancia. Esther Formosa ha hecho suya "su" Canyí personal e intransferible y lo importante es ver cómo logra explotarla con encanto y coherencia.

La primera parte de "Jo no em quedo per vestir sants" está íntegramente dedicada a unas canciones de Wedekind que Feliu Formosa, padre de la actriz, ha traducido y adaptado para el caso. La Canyí, el músico Humet y el director Miquel Gòrriz transitan con tiento por la delicada línea "dramatúrgica" de la acción, los textos y justificaciones con que la actriz une entre sí las hermosas piezas. Es una línea frágil en la que no cabe pasarse con los trucos y argucias de un falso candor del personaje, un riesgo que asoma sin

que llegue a mostrarnos su lado ingrato. Las canciones, con melodía del propio Wedekind, pertenecen a un "music hall" de 1901, 1902, 1903, muy alejado aún del "cabaret" alemán de los años 20 y 30. Esther Formosa maneja sus letras maliciosas con elocuente confort y los matices irónicos o seductores fluyen perfectamente ajustados a las posibilidades de su voz.

En la segunda parte, la Formosa ejecuta un salto mortal del que sale asombrosamente indemne. Sólo canciones de Quintero, León y Quiroga, esto es, un coto de andalucismo popular, un lenguaje hecho de códigos populistas y costumbristas que no forman parte del horizonte cultural de la actriz. Aquí, como digo, la actriz se la juega, pero su apuesta es un acierto integrado al conjunto de la propuesta. Cuando pensamos que la actriz usará y abu-

sará de una parodia "sui generis", impregnada de la inocencia de La Canyí, "La nieta de Carmen" o "Callaíto" surge la emoción, rigurosamente "seria" de "El día que nació". La Formosa se divierte con constantes regateos engañosos: va del humor a la ternura, del cuidado lirismo ("Ojos verdes") a la caricatura ("A la lima y al limón") sin previo aviso. Escalando agudos excesivos, sus recursos vocales parecen agotarse, pero regresa en seguida al timbre sugestivo y cálido que domina con seguridad. Esther Formosa puede hacer las fintas que quiera, porque cuenta siempre con un comodín inagotable: a esa muchacha le ponen un foco y ello basta para que su gesto, sus ojos, el sabio juego de picardía y candidez que hay en la expresión del rostro, nos obsequien con una ceremonia comunicativa única, sencillamente fascinante. ●